



HEROÍNA DESCONOCIDA

Marta García Ayerbe

Colegio Sansueña (Aragón)

Muchas son ya las infaustas tragedias que han sido designadas para los seres humanos, mas, ¿quién iba a decir, entre incrédulas palabras, que alguna vez nos veríamos privados del denso, ilustre, despampanante, magnificente tomo de prensadas páginas, a las que una vez llamamos, apesadumbrados, diccionarios? ¿Por qué ahora, tras los desmesurados años de brutal historia humana, tras caídas de imperios harto grandes, tras las miasmas de la peste, tras derramamientos de inocente gente, de su sangre y sus derechos; tras todo lo ocurrido, lo acaecido, lo ocultado y lo sabido, ahora se nos arrebataban de nuestras vulnerables manos los diccionarios? Preguntas como ésta la gente se hacía, mas, hasta ahora, ninguna respuesta obtenían.

Pero, ah, acontece desde hace siglos, verdad irrefutable esta, que, cuando los libros callan, el destino, jugador experimentado, pone entonces alza, en su imponente tablero, a alguien de laureado valor, que habla. A esas personas eruditas, pese a sus irremisibles miedos y temores, y pese a sus sombras embellecidas, se les llama comúnmente héroes. Al parecer, de tal raza soy ahora miembro.

Pero no, nuestra historia y mi paradero no tuvieron lugar ni en palacios de esplendor enaltecido, ni en galaxias de redundantes constelaciones ya olvidadas, ni en otro mundo imaginario, aquél tan idolatrado por el espíritu soñador del hombre; no, tuvo lugar en mi cuarto: remanso de paz, estado solemne sin crimen ni castigo, siempre rodeado de libros.

Y, cómo no, es obvio, como en todo espacio, que aunque inadvertido, contiene cierta cultura, en mi habitación hallábase un diccionario.

Por algún capricho de la suerte, irónica y teatrera como es, quiso el destino que aquella mañana, para el intelectual tragedia y para el analfabeto euforia, mañana en que el gran exilio de los diccionarios tuvo lugar, no me desapareciera a mí el mío. Inverosímil, inaudito, abstruso y de la más extraña naturaleza puede parecer este suceso, pero no hay mentira alguna en mis palabras.

Con paso débil, trastabillando como el más pequeño de los cachorros, me acerqué a mi estantería aquella mañana. Ni mis febriles ojos ni mis entorpecidos oídos daban crédito a aquel lomo rojo, aterciopelado y vetusto que se alzaba sobre una de las baldas, imparable y taciturno, como el más solitario de los lobos. Tras tal telediario como había sido el de hoy, saturado de apesadumbrados <<porqués>> y <<cómos>>, ¿cómo iba yo a creer, afirmar ver ante mi difuminada vista, el tan dichoso y solicitado diccionario?

Con sumo cuidado, mimo e incredulidad, unos de tal magnitud que no podrían definirse sino con la palabra “inefable”, lo tomé en mis manos, gélidas y mortecinas como estaban. Y con determinación, con las manos del terror sobre mis hombros y las de la locura sobre mi cabeza, abrí aquel millar de ásperas páginas, lúcidas y demacradas como el más real fantasma.

Una cegadora y ardiente luz me invadió los ojos, y juro sobre la más pesada biblia que, aunque fuera por un momento, sentí mi cuerpo, mi voz, mi corazón y mi alma, elevarse en el éxtasis de la luz de la verdad.

Segundos después, como bajada de los cielos laureados en las purísimas alas de un ángel, hallábame yo nuevamente en mi vulgar habitación.

Pese a que jamás supe yo lo que entre aquellas hojas acaeció, de algún modo, de alguna morbosa manera, creo recordar, como levísimos atisbos de agua en el más ardoroso desierto, seráficas palabras que, ciegamente, sordamente, reverberan hoy todavía por los más inusitados rincones de mi mente: <<Se hostiga al saber, se idolatra al rey demonio del placer, mas, por ser tú la predilecta respetada, os devuelvo vuestro solícito deber>>.

De lo único de lo que me queda hoy certeza y fiel conciencia es de que, a la siguiente mañana, retornaron, lomo y hoja, los diccionarios, y de que, tras aquella primavera, en vetusta y afamada librería me convertí. Fui, desde entonces, una heroína desconocida.